



Entrevista publicada en Miradas al Sur 29/8/2010

Leer es un acto subversivo

Por Exequiel Siddig | esiddig@miradasal-sur.com

Entrevista a Alberto Manguel. El escritor abrió un programa cuya consigna es “universidad en la sociedad”.

Si para los judíos, la barba es el puente que deben sortear los pensamientos para convertirse en acto, la cara nevada de Alberto Manguel debe estar rebosante de tráfico. En ella corren, se bifurcan, renacen y conversan los más de 35 mil libros que forman la afamada biblioteca que tiene en su casa de Poitiers, un antiguo presbiterio en el corazón de Francia. Como los jugadores de fútbol, Manguel trabaja de lo que siempre soñó: lee. Lo hizo en los comienzos de la Editorial Galerna para Willy Schavelzon –hoy su representante–, pasó por Gallimard a fine de los '60, en los '80 fue crítico literario para la TV y la radio de Toronto, además de jurado en premios literarios de la talla del Man Booker Prize de Inglaterra o el Tusquets de España.

Podría hablarse de él como un escritor, responsable de títulos como *La Biblioteca de Noche* y *Una Historia de la Lectura* –libro entrañable y acunador–, pero se resolvería con arbitrariedad maliciosa el dilema del huevo y la gallina. Porque como su maestro Jorge Luis Borges –a quien leyó cuentos de literatura inglesa, entre 1963 y 1965–, Manguel siempre quiso vivir de leer. “Somos animales de lectura. Entiendo la lectura como el desciframiento inevitable del mundo: interpretamos lo que nos rodea, le atribuimos un vocabulario y leemos las relaciones que nosotros mismos creamos”, dice Manguel, quien abrió un programa cuya consigna es “Universidad en la sociedad” en la Unsam.

Su visita también coincide casualmente con el lanzamiento del Consejo Nacional de Lectura, una institución que reúne a ocho organismos de gobierno para coordinar políticas de Estado en torno de la promoción de la lectura. “Como hemos creado una sociedad basada en una maquinaria económica que necesita de consumidores constantes, una persona que reflexiona dos minutos no va a gastar 400 dólares en un par de jeans rotos”, dice pragmático el autor de *Stevenson bajo las palmeras*.

–Era muy joven cuando empezó a trabajar en Pygmalion, la librería en que conoció a Borges.

–Sí, estaba cursando el Colegio Nacional de Buenos Aires. Quería ganar un poco de plata para comprarme libros. El primer año trabajé pasándoles el plumero, que es la mejor forma para saber cómo uno se maneja en la librería. No podíamos poner ningún libro en la estantería que no hubiésemos abierto. Ésa era la regla.

–Usted visitó bibliotecas alrededor del mundo como el escritor mexicano Alberto Ruy Sánchez visitó jardines. ¿En qué sentido las bibliotecas son jardines?

–En un sentido muy práctico. En el siglo XII, creo, se establece una forma de organizar la biblioteca basada en el diseño de jardines. El jardín tiene secciones con plantas medicinales, para la cocina, flores. La organización medieval de la biblioteca toma la misma terminología y obviamente al “jardín” se entraba por la Biblia, luego por los padres de la Iglesia, los comentarios teológicos, filosofía, poesía. La ficción estaba en el subsuelo.

–¿Y hoy qué orden tienen?

–El más común es el de las bibliotecas de Estados Unidos, que son formas de organizar el mundo por tema, lo que implica una forma de verlo. Borges decía que había visitado la Biblioteca Real de Bruselas y que del catálogo lo único que recordaba era que a Dios le correspondía el número 243. Desde la Biblioteca de Alejandría en adelante, toda organización implica una cierta visión del mundo. Es una forma implícita de censura, inevitable.

–A la entrada de su biblioteca dice “Lee lo que quieras”.

–Sí, lo pinté sobre una de las puertas. Es una versión de la frase que Rabelais pone sobre la gradas de la Abadía de Thélème: *Fais que ce tu voudras*, “haz lo que quieras”. No hay nada que no debamos leer.

–En uno de sus libros habla de las bibliotecas ambulantes. El caso de los “biblioburros” de Colombia es maravilloso.

–El biblioburro es una forma de llevar las bibliotecas a la sierra. Es un burro con una especie de poncho con bolsillos dentro de los cuales llevan libros, que luego se cuelgan en un árbol y una persona se hace responsable –el mayor del grupo o el alcalde– hasta que vuelven a pasar y los reemplazan. Pero también en ciudades como Bogotá o Medellín han desarrollado una red de bibliotecas bellísimas. Las ponen a cargo de la gente del lugar y los hacen responsables de cuidarlas. Están impecables, nadie roba.

Lugares. El lector Manguel es argentino, pero sus lenguas maternas son el inglés y el alemán, idiomas que hablaba con su nodriza checa en Tel Aviv. Allí fue a vivir a dos meses de haber nacido, el 14 de mayo de 1948, cuando se creó Israel. Su padre Pablo, presidente de la Organización Israelita Argentina, sería designado por Perón embajador ante el país hebreo. A los tres años, Alberto ya leía. Sus primeros juguetes fueron los cuentos de los hermanos Grimm en alemán y *Las Mil y Una Noches* en inglés. “Cuando volví a Argentina, en 1955, tuve que aprender castellano. Fue un esfuerzo tremendo poder comunicarme con otra gente. No pensamos las mismas cosas en un idioma que en otro.”

Al iniciar la conversación, Manguel comentó sobre la pasión con la que escribía un libro con Daniel Pennac, en el que se proponen llevar al francés aquellas expresiones de otros países que no suelen asfaltar las conversaciones del Boulevard Saint-Michel. “En Finlandia, por ejemplo, usan un término que significa quejarse en grupo.”

–Hablando de quejas, le confieso que no entiendo a las personas que leen en el subte. Lo que les lleva media hora, lo pueden leer en su casa en cinco minutos.

–Es que tal vez vos seas el que está apurado... A lo mejor la persona que está leyendo media hora no está tan apurada. Adaptamos nuestras lecturas al lugar donde estamos. Cuando ponen preso a Oscar Wilde, pide –entre otras cosas– *La Isla del Tesoro* de Stevenson y un manual de conversación italiano-francés.

–¿Con qué sentido?

–No sé. La literatura no es una relación pura entre una persona y las palabras sobre la página. Es una relación compleja, geográfica, cultural, física y emocional, con elementos del azar. Keats llamaba a ese vínculo entre lector y libro “un espacio amoroso”. Y tiene todas las cosas de una relación amorosa. Por ejemplo, esos ocho libros que estaban escondidos en Theresienstadt, el campo de concentración para niños al lado de Auschwitz. Los adultos que los cuidaban habían contrabandeado un manual de geometría, la *Breve Historia del Mundo*, de Welles. Quiero decir, ciertos lugares y títulos se corresponden por razones que no podemos explicar. El libro que alguien lee en el subte puede tener un sentido especial para esa persona.

–¿Se puede enseñar el amor por la lectura?

–No creo que sea bueno tener una actitud paternalista con los chicos sino, al contrario, ayudarlos a entender que tienen una forma por la cual pueden rebelarse contra esa sociedad que no los deja ser. Una actividad verdaderamente subversiva, que es la lectura. La subversión en el mejor sentido, el de cuestionar las reglas, el de oponerse a nociones de autoridad injustificada, porque leer es algo que la sociedad no quiere que hagamos. Hoy los chicos no se creen toda esta publicidad del “Mes de la Lectura” porque todo el resto, todo lo que tiene peso, les dice lo contrario. Se podría utilizar eso para decirles: “Lean. Sean rebeldes. Distínganse.” Yo hablo constantemente de cómo leo no para enseñarlo, sino para decir que existe.

LECTURA MUNDI

El miércoles pasado, Alberto Manguel fue el “maestro de apertura” del Lectura Mundi, un programa de la Universidad de San Martín que se propone trasvasar las paredes monásticas de las academias y que entiende, con Hans Blumenberg, que la lectura es una “metáfora para la totalidad de lo experimentable”. Entre los seminarios abiertos al público y gratuitos se destacan “El cielo estrellado”, por José E. Burucúa (comienza el 2 de octubre) y “Pensamiento bárbaro”, Fernando Peirone (6 de septiembre). Es en la sede Campus Migueletes, Av. 25 de mayo y Francia, San Martín. Inscripción: 4006-1510 ints. 1259 y 1260, de lunes a viernes de 10 a 17 hs. También por el correo lecturamundi@unsam.edu.ar.

Entrevista a Alberto Manguel publicada en revista Ñ

Por Fernando Peirone

Una lectura del mundo

“No es posible pensar a la universidad desprendida de la vida. En una época como la nuestra, la universidad debería recorrer su propia trayectoria para extraer de allí la interpelación que reformule su sentido y desagregue un nuevo modelo institucional. La universidad deber ser un laboratorio de innovación teórica”.

Con estas palabras, el Rector de la Universidad de San Martín, Carlos Ruta, ponía en marcha el programa **Lectura Mundi**, que el próximo 25 de agosto inaugurará el escritor Alberto Manguel. El programa está a cargo del sociólogo Mario Greco y su objeto es un viejo anhelo de la comunidad

cultural: la resignificar el vínculo entre la universidad y la sociedad. En ese contexto, y con saludable criterio, la academia convoca a Alberto Manguel, uno de los escritores más eruditos de nuestro tiempo –con un plus-valor especial: no haber realizado estudios universitarios por considerarlos aburridos– para dar una conferencia cuyo título será, precisamente, “Lectura del mundo”. La mirada aguda y crítica de este escritor que durante años se reunía a leer en voz alta junto a Borges (otro referente de la cultura argentina que no tiene título universitario), ha generado una gran expectativa en ambientes poco prestos a las perturbaciones. Unos días antes de emprender su viaje hacia nuestro país lo contactamos en Francia y le hicimos esta entrevista en la que comparte con nosotros algunos puntos sobre su lectura del mundo.

En su libro, *La biblioteca de noche*, usted resalta la porfía humana de conferirle sentido y orden a un mundo que al mismo tiempo parece obstinarse en el caos y la imprevisibilidad. ¿Es posible extraer de ese juego una lectura del mundo? Y en tal caso, ¿la lectura puede ordenar o es sólo un sucedáneo?

Nosotros, seres humanos, podemos definirnos como “especie lectora”. Venimos al mundo condicionados para leerlo, es decir, para imaginarlo e interpretarlo. Nuestra habilidad imaginativa nos permite reconstruir la experiencia del mundo para aprender a conducirnos en él, en un sentido eminentemente práctico. Y esa reconstrucción es el resultado de una lectura. Quiero decir: a través de los sentidos, recibimos señales neutras que las recibimos al mismo tiempo que las interpretamos y las cargamos de sentido: el color rojo no lleva en sí mismo el significado de peligro o de combate, un dromedario no posee en sí mismo la calidad de feo o lindo. Vemos un parque, oímos a un grupo de gente, olemos una pila de basura, sentimos el calor del sol, tocamos el pelaje de un perro, y todo eso no lo recibimos como un conjunto de sensaciones arbitrarias sino como parte de un lenguaje que, imaginamos nosotros, está narrándonos algo. De allí surge la antigua metáfora del mundo como libro.

¿Y hay un orden posible?

El “orden” que leemos en el mundo es, por supuesto, ficticio. No proviene de un supuesto “autor” divino o natural, proviene de nuestros deseos y necesidades de sobrevivencia. De la misma manera que leemos animales y dioses en las constelaciones, y supuestas historias en la gente que vemos en el subte, así leemos el mundo, aunque no obedezca el orden que imaginamos. Y esa lectura del mundo, eso que a veces traducimos en lo que llamamos literatura, nos permite creer que podemos entender algo de ese orbe incomprensible.

¿Cuál es el vínculo entre los libros y la noche?

De día, los libros en una biblioteca obedecen a normas más evidentes, más estrictas: a la luz del día, podemos ver cómo han sido clasificados, con qué otros se codean, cuál es su posición en la biblioteca. De noche, sobre todo en las bibliotecas oscuras que me gustan, ese contexto desaparece y estoy a solas con el libro en un espacio que para mí tiene algo de fantasmagórico. De noche, siento la presencia del libro de un modo más secreto, menos categórico. Para entender lo que estoy diciendo, pruebe leer *El desierto de los tártaros*, solo, de noche, en una biblioteca sin gente...

¿En qué devino el espíritu enciclopedista? ¿Internet es la prolongación digital de la enciclopedia o esa idea sólo es un lugar común?

No sé si es válido comparar el Internet a una enciclopedia. Una enciclopedia es un instrumento estrictamente ordenado, que tiende a resumir y a canonizar. Internet obedece a una multitud de órdenes y sistemas o programas preestablecidos, y en vez de resumir, explaya, se multiplica, no pretende decir una verdad sino muchas. Además, los primeros enciclopedistas, gente como Diderot y Voltaire, creían en la educación de la inteligencia, en la búsqueda del conocimiento profundo y lógico. El Internet, si bien permite ese uso inteligente, es sobre todo un instrumento

que brinda la ilusión de conocimiento sin esfuerzo, a través de la acumulación ilimitada, y prefiere lo superficial a lo profundo, lo inmediato a aquello que requiere tiempo y fatiga. Pero claro, como todo instrumento, su valor depende de quién lo usa, y de cómo es usado. Yo digo siempre que sobre cada instrumento electrónico debería estar grabada la pregunta que se hacía el derecho romano: *qui bono?* ¿A quién beneficia esto?

¿Cómo piensa su vínculo con el futuro un escritor que cabalga entre dos épocas?

Mi vínculo con el futuro es preguntarme, con mínima curiosidad, si voy a despertarme a la mañana siguiente. Después veremos.

Hay quienes sostienen que los nativos digitales han decidido prescindir de la profundidad, la radicalidad y la gravedad para habitar un mundo más superficial, menos ambicioso y más liviano, pero más humano. ¿Qué opina de esta generación de Bartlebys que, sin rupturas ni revoluciones, con un simple “preferiría no hacerlo”, abre una nueva dimensión política?

No creo que la generación digital sea una generación de Bartlebys. El Bartleby de Melville prefiere no hacer nada pero activamente. La generación digital deja, en gran medida, que la elección la hagan otros. Es útil recordar, hablando por ejemplo de “lectura interactiva”, que es “interactiva” sólo en la medida en la que el programa utilizado lo permita. Yo no puedo explorar una palabra no programada, o conectarme con otro sitio con el cual no se haya establecido un “link” de antemano. Y quien quiera utilizar Internet para lo que sea –buscar información, enviar un e-mail, ver un video– debe hacerlo sometido a un diluvio de imágenes y anuncios publicitarios impuestos por otros. Edith Wharton decía no poder escribir una carta sabiendo que había alguien en la habitación de al lado. No quiero imaginar lo que hubiese sentido la pobre mujer, escribiendo en medio de una cacofonía de anuncios y solicitudes, vigilada por un programa electrónico que subraya sus errores de ortografía y gramática, y sabiendo que al menor descuido alguna persona extraña leerá su correspondencia. En tal contexto, es difícil rescatar el libre albedrío.

¿Cómo convive un escritor con los avatares políticos del lugar en que despliega su vida cotidiana? ¿Es algo que le concierne más allá de lo artístico?

Samuel Beckett decía que, siendo un extranjero en Francia, no le correspondía dar su opinión sobre la situación política del país que lo albergaba: nunca firmaba peticiones, no iba a manifestaciones, no escribía cartas de protesta a los diarios. Yo, menos sabio que Beckett, no puedo quedarme callado. Viviendo en un país donde se ha instalado un abominable Ministerio de Identidad Nacional e Inmigración para definir quién es y quién no es francés; donde el presidente tacha a los habitantes de los barrios pobres de “racaille”, “basura”; donde el ministro de trabajo recibe coimas millonarias; donde otro ministro dice de los inmigrantes argelinos que “uno de ellos está bien, pero el problema empieza cuando hay muchos”; donde se puede mandar a la cárcel a un estudiante por rehusarse a dar una muestra de DNA para que le establezcan un fichero judicial; donde se llevan a cabo razzias en las escuelas para deportar a los hijos de inmigrantes ilegales aunque hayan nacido en Francia; donde el presidente pregunta públicamente para qué sirve leer el clásico francés más importante del siglo diecisiete, como *La Princesse de Clèves*; donde la ministra de finanzas declara que lo que los franceses deben hacer es “pensar menos y trabajar más”; viviendo en un país así siento la obligación de denunciar estas infamias. Siento que, si no lo hago, no tengo derecho a dar mi opinión ni sobre literatura ni sobre nada.

En un trabajo reciente, Graciela Montaldo revisa una sentencia de Enrique Gómez Carrillo, que dice que es absurdo aplicar lo nacional a la literatura. Ese pensamiento en Argentina tuvo oposiciones enérgicas, pero también tuvo mucho predicamento. ¿Se puede hablar de una literatura nacional?

Se habla de literatura nacional en contextos muy diversos. Goebbels hablaba de literatura nacional. Los escritores canadienses de los años setenta hablaban de literatura nacional. Pero

decían cosas bien diferentes. En un caso, es un modo de decirse mejor que los otros y excluir lo que se tacha de extranjero. En el otro, se trata de fomentar una cultura amenazada por la gigantesca maquinaria económica y publicitaria de los Estados Unidos y de Europa. Pero en ambos casos, la definición de “nacional” tiene poco que ver con literatura: con lo fácilmente folklórico, con la caricatura, sí. Pero no con la literatura cuya vocación es siempre universal, aunque no hable más que de un cierto lugar de la Mancha.

¿Cuál es el saber que ha quedado afuera de las bibliotecas? ¿Quiénes son los actores que construyen y protagonizan ese saber?

El único saber que contienen las bibliotecas es el que ha sido traducido en palabras. No sé si puede haber conocimiento, conocimiento consciente, fuera de lo verbal. Hay otras experiencias del mundo –intuitivas, emocionales, inconscientes– que sin duda no han sido escritas, pero personalmente creo que, con suficiente tiempo y energía y suerte, encontraré la página en la que alguien ha sabido poner en palabras incluso esas indefinibles experiencias.

Usted homologa la Torre de Babel y la Biblioteca de Alejandría como dos símbolos de la ambición humana: desafiar a Dios y poseer todo el conocimiento. Esas pulsiones también inspiraron el iluminismo que hoy capitula frente a nuevos paradigmas. ¿Cuál considera que es el vínculo con la autoridad y el conocimiento que conlleva este cambio de paradigmas?

La maquinaria económica que hemos construido necesita, para funcionar, que no seamos curiosos, que no reflexionemos. Para avanzar, esa maquinaria debe hacerlo en un mundo en el que todo incite a la estupidez, a hacernos creer que no somos lo suficientemente inteligentes para merecer Alejandría ni lo suficientemente hábiles como para construir Babel. A menos que la detengamos y la destruyamos, esa maquinaria nos destruirá a nosotros. Pero quizás no sea demasiado tarde para cambiar...